

ahora Luis y los niños, me dediqué a reconocer mi verano sempiterno en el campo viejo y hostigado por la burla del cielo, en el asfalto que empezaba a licuarse como río único y negro, en contar los kilómetros por los postes con ese afán de notario frustrado que desentierro cuando la necesidad de distracción es acuciante.

Había venido a olvidarme de Luis y de los niños, y a reponerme, en una especie de vacaciones de soltera, del surmenage. Me gustaba la palabra surmenage en aquel parte de baja que el médico pronunció abiertamente. Surmenage leyó cabalmente Luis. Surmenage de niño, lávate, come hija, Luis la camisa, el cuello, el pantalón Luis, niños las orejas, niños las manos, Luis hoy no. Sobrecarga, la figura abatida de la red lo dibujaba. Sobrecarga de pequeños pesos sin importancia, cajas perfectas con su papel de estraza, bolsas de grandes almacenes, bolsos de escaí, bolsas de lona, envolturas de pastelería, pequeños bultos de regalos, bultos en papel de periódico, un neceser de bebé, cestas de mimbre y meriendas, bolsas de playa...



S.M.

La voz de mamá, a la altura de la Ermita, acabó con mi retahíla, "Estamos legando". Estábamos donde yo había elegido venir para revivir mi historia, esa historia que había dejado por hacer desde que me casé con Luis; todo lo que había seguido y quedaba de mí era la media naranja de una entera. Allí estaba para recomponerme con los añicos de los recuerdos únicamente míos. Y en el mismo lugar de siempre repitió mamá:

—Se nota ya el aire más fresquito. Papá nos traía de noche para notarlo más, ¡dormíamos con colcha!, y, tarde que fuera, Anatael en la puerta. Y después de un silencio para rezar por papá, en ese acto de reconciliación con que pedimos perdón por seguir vivos a nuestros muertos, mamá añadió:  
En Plasencia murió el pobre Anatael.

Paró el coche donde el café de Julio y la voz del conductor, que había tomado esa confianza resuelta que da el calor, recordaba a los viajeros, aunque el coche prácticamente se vaciaba en el pueblo, "Quince minutos para el refresco y en marcha", con un sonsonete de pregón. Mamá, que aguardaba sentada todavía, tenía los ojos fijos en el mismo sitio en que los míos se habían detenido con ese interés morboso que la mirada pone ante lo que nunca hubiéramos querido ver, el banco donde se sentaba el maletero Anatael lo ocupaba hoy un hombre que, haciendo caso omiso del calor, tocaba su cabeza con un verdugo gris y cuya mirada, indiferente ante la avalancha de viajeros, se iba posando con curiosidad de maleta en maleta. Con miedo de que me tuviera por loca, "Parece el Anatael!" le comenté a mamá y ella me reconvinó con que así era porque los recuerdos pesan que hasta los muertos parecen vivos.

Saqué fuerzas del miedo para confesarle que no quería bajarme, que me había entrado ese pánico irracional que supone que entra ante lo inesperado y que arreglará las cosas para que pudiéramos seguir adelante, "Seguiremos hasta el final", le dije. Mi madre se levantó y respiró con el gesto aliviado, "Es la primera idea sensata que te conozco, Albertina", y bajó para arreglarlo. Iriamos a un sitio cualquiera donde todo fuera nuevo. No me gus-

taban esos pedazos de memoria que quedaban enteros: Anatael canturreando clavelitos, Anatael excitado por las bromas socces de las criadas, Anatael sátiro de ninfas pueblerinas y recortados prados. El grupo de los niños que juegan ajenos y felices, el grupo chillón de las muchachas y el Anatael.

La mula solitaria pastando eternamente y yo sola en mi desconcierto, aguardando la llegada de papá y mamá carrretera abajo. Los besos de papá y mamá, "Niños, sed buenos" y "Cuidado con la carretera", mamá. El cencerro en la boda del Anatael como el torvo reír de la lechuga. Anatael voluntarioso y fino, "La maleta de la señorita Albertina", en la Parada del Carmen.

Agradecí al canturreo de las estudiantes del último asiento que hilvanaban canciones de amor, como mujeres solas; que la señora del bebé, "Si no le es molestia, por estirar las piernas", me pusiera en los brazos aquel rebujo de cálidos berridos; que el chico que no paraba antes de reirse blandamente me ofreciera tabaco. Mamá me subía mi refresco y mi bolsita de avellanas, "Si ustedes gustan".

—Ya está todo solucionado. La ventaja de ir solas— y sacando su barrita de labios. Anda, ponte un poco de color, que tienes una cara fatal.

En la curva los chopos arrogantes daban su inclinada espalda a la fuerza del viento y corrí la ventanilla porque el aire me empezaba a ser molesto.

9 de Marzo de 1.983.

# Gira Vuelta de la Gira

Señalamos hoy la presencia de dos voces poéticas, que aún hermanadas por haber sido laureadas con primeros premios en el "Certamen Ruta de la Plata", instituido por la familia García-Plata, son distintas

Una sección coordinada por Miguel Serrano Gutiérrez

en la reflexión objetiva y en la propia forma, estructura formal, de hacer el poema. El poema, esa palabra, que como adjetivo es la suprema forma del discurso.

Enrique Louzado, cacereño de Villanueva de la Sierra, con ese lirismo de lo entrañable, de juego de palabras de agua por su palmoreo plácido, de aire y nube, como queriendo siempre, subir él, a otros espacios.  
Gabino Iglesias, del Cáceres mismo. Voz que no sale a

flamear todo lo que quisiéramos, pero que está ahí, tal vez encogida, pero llena de fuerza, de una fuerza emocional, propia del testimonio vital entre el hombre y su entorno, dura a veces, pero cálida y emocionada por su rito.

## CANCION DE PRIMAVERA

## EN PRIMAVERA



Mejorana y romero,  
tomillo y agua,  
caballito del viento  
azul y malva,  
Sobre arista de fuego  
la luz cabalga.  
Los guijarros le han hecho  
puenta de plata.  
Y bellones de espuma,  
de espuma blanca,  
almohadón de caricias  
en sus pisadas.  
El perfume y la brisa,  
la luz y el agua,  
caballito de viento  
azul y malva.  
Primavera ha llegado  
sobre sus alas.

Enrique Louzado.



Huele mi tierra  
a campo seco  
a encina recia  
y a olivo viejo.  
Arbol cuajado  
de flor y trino,  
dáme la rama  
de mi destino.  
Sacad del pozo  
el frío aliento.  
Abrid su vientre  
a sol y almendro.  
El río lleva  
turbios secretos.  
(En las acequias  
son pensamientos).  
Suspiro negro  
suspiro azul,  
(quien vá delante,  
¡El otro o tú!).  
Sendero arriba  
las ansiedades.  
(Camino abajo  
las soledades).  
Naranja herida  
viene la tarde.  
(Cuatro vencesjos  
trás los cristales).  
Fragil la noche  
sobre la charca.  
(Sudor de junco,  
sabor de acacia...).

Gabino Iglesias.